

ordenada, y se hubiera debido creer que si ellas figuraran como señoras de las existencias, la justicia y la moderacion reinarian sobre la tierra. Se acaba de ver hasta qué punto los resultados correspondieron á las palabras. No se puede echar de ver más diferencia de conducta entre las potencias aliadas y Napoleon, sino que ellas eran cuatro en lugar de una sola, y que por fuerza se habia de contener cada una donde comenzaba la ambicion de las otras tres. A Francia se la trató como vencedora, y á lo ménos era natural ya que no fuese justo. Francia, ó por mejor decir, el hombre que regia sus destinos, habia abusado de la victoria, y á su vez nuestros vencedores hicieron lo propio. Quejarse es pueril en este caso, y se resiente de ridículo abogar por la propia grandeza ante un tribunal compuesto de rivales. De sí mismo y no de otros, del valor y de la prudencia particular de cada uno hay que aguardar la grandeza propia; y cuando no se quieren sufrir las consecuencias de las faltas, necesario es no cometerlas ni dejar que sean cometidas.

Sin embargo, se nos permitirá decir sin obcecacion nacional, que, despues de haber censurado los excesos de Napoleon con justicia; despues de las diversas distribuciones de la Polonia y las secularizaciones germánicas, que tanto habian engrandecido á las potencias del continente; despues de la invasion de todas las colonias, que tan desmesuradamente habia estendido la dominacion marítima de Inglaterra, no era ni equitativo, ni conforme al equilibrio general reducir á la Francia sola á las proporciones que tenia á fines del siglo XVIII. Se nos permitirá decir que, si

Francia por la fecundidad de su genio, de su suelo, de su revolucion, no hubiera frustrado todos los cálculos muy en breve, y no llegara á ser tan grande por la paz como lo habia sido por la guerra, ella hiciera falta á Europa, que sin peligro no se puede prescindir de ninguna de las naciones de que se compone, y de Francia ménos que de ninguna otra; porque ya es Inglaterra la que necesita de Francia contra Rusia, ya Rusia contra Inglaterra, Prusia contra Austria, Austria contra Prusia, Alemania contra Prusia y Austria, y en fin, hay un interés que necesita de ella de continuo, y es el interés de la civilizacion.

¡Pero, tregua, repetimos, tregua á las quejas inútiles por un tratamiento que nos habiamos atraído! ¡Hablemos de otros! Cuanto no era de los *cuatro*, ó no les interesaba directamente, se repartió como botin hallado en medio de una ciudad tomada por asalto. Pequeños principes alemanes, ciudades libres, bienes de la órden Teutónica, bienes de la orden de Malta, repúblicas antiguas, todo fué tragado sin piedad para constituir el territorio de los vencedores ó de sus clientes. Se trataba de calmar los celos de un vecino, de asalariar á un confederado útil, de proporcionarle litoral ó distritos enclavados en otros territorios á su conveniencia, al punto se cercenaban á un principe aleman, se incorporaba una ciudad libre, se suprimia una antigua república, ó se secularizaba un territorio de la iglesia germánica. Austria se apoderaba de Venecia, el Piamonte de Génova, sin que se alzara la objeccion más leve. ¡Infeliz del que no interesaba á uno de los *cuatro*! Dinamarca no interesaba más que á la libertad de los mares,

y considerada entonces como asunto francés, se la despojaba de la Noruega, para asegurar la popularidad de Bernadotte en Suecia. Se la daba en compensacion la Pomerania sueca; pero Prusia deseaba esta provincia, á fin de proporcionarse una continuidad de litoral de Stralsund á Memel, y se quitaba á Dinamarca esta débil indemnizacion, pagándosela con otra todavía mas ilusoria, el ducado de Lawenburgo y algunos millares de escudos. La infeliz Sajonia, que nos habia abandonado sobre el campo de batalla de Leipsick para volverse á unir á los aliados, y por este mérito debió hallar alguna indulgencia en los vencedores, solo era defendida porque su conservacion importaba á Austria y á Alemania; pero defendida y todo perdía la mitad de su territorio en provecho de Prusia, que durante diez años habia censurado amargamente los golpes descargados sobre la existencia de los estados alemanes. Polonia era defendida tambien por la rivalidad de Austria y de Inglaterra con Prusia; pero era entregada al emperador Alejandro bajo un pretexto que servia para colorar la ambicion del uno y la debilidad de los otros, el de reconstituir este reino y ponerle bajo la autoridad de un solo soberano; triste ilusion que no podia ser de duracion larga, porque recordando Polonia, con esta semi-independencia, el deseo y el medio de sacudir el yugo ruso, se debía insurreccionar muy pronto, para quedar reducida en castigo de su rebelion á simple provincia del imperio de los czares; y para patentizar á Europa que no habia hecho más en sustancia que engrandecer á Rusia con toda la Polonia. Austria deseaba la Italia, que no interesaba más que á Francia,

de la cual no se hacia ningun caso, y se entregaba á Austria, á sus principes, á su influencia, la Italia toda, carga enorme de que el gabinete de Viena debia al cabo conocer y sentir el peso. En cuanto á Inglaterra no se entraba en cuentas con ella. A Gibraltar queria añadir Malta, las islas Jónicas, el Cabo, la isla de Francia, parte de las Antillas, y no era ocasion de la dificultad más insignificante. Además deseaba las fuentes del Escalda y del Rhin para constituir contra nosotros los Países Bajos, y sin miramiento á la antipatia de los belgas á los holandeses, sus votos quedaban cumplidos sin la menor tardanza. No obstante, á veces uno ú otro de los cuatro coparticipes del mundo, sorprendido no de su codicia sino de la de sus tres asociados, casi propendia á echársela en cara, pero la reconvenccion espiraba en sus labios. ¡Tan extraña semejara una leccion de moderacion en cualquiera de aquellas cuatro bocas!

No es un resentimiento vulgar el que nos arranca estas reflexiones; pero despues de haber puesto de relieve los desmanes de Napoleon, nos asiste el derecho para hacer que tambien resalten los desafueros de los que sucedieron á su dominacion y que bajo pretexto de vengar á Europa, no hicieron más que repartírsela. Deber es de la historia señalar los excesos de todos, sin distincion alguna, y se nos permitirá recordar que los nuestros eran de un hombre, y no de Francia, y que al pisar su territorio, se la habia prometido hacer esta diferencia y tomarla en cuenta. ¡Ah, promesa bien pronto olvidada, como en el tratado de París ya se ha visto!

Despues de juzgar al congreso de Viena con

relacion á la simple equidad, hay que considerarlo con relacion á la política. Y política no habia mas que una, y era la de acumular las precauciones contra Francia. Aunque, en lugar de ser nuevamente puesta bajo el cetro de los Borbones, se hallara todavía Francia, en las manos del conquistador formidable, contra quien habia que ejercer tantas represalias y que tomar tantas precauciones, de fijo no se la tratara de otro modo. Sobre esto no habia más que dejar hacer á Inglaterra, y no se descuidó, á buen seguro. Sin poder desechar de la memoria el bloqueo continental, sobre todo propendia á ponernos barreras á lo largo del litoral del Mediterráneo y del mar del Norte, y queria que nunca pudiéramos volver á tomar el camino de Génova ó Amberes. Con esta mira erigió el reino de los Países Bajos; y con esta mira asimismo favoreció tanto el restablecimiento del reino del Piamonte. Acertada anduvo al elegir para oponérselas de frente las casas de Orange y de Saboya, pues además de los agravios recientes de estas dos casas, una habia formado su grandeza luchando contra Francia, otra sirviéndose de ella y haciéndola traicion de seguida.

Les confió, pues, Génova y Amberes. Y no hizo esto solo: aprovechándose de una idea de Pitt, obligó á Prusia á recibir las provincias rhinianas, á fin de ponerla para siempre en desconfianza respecto de nosotros. Aun no eran estas bastantes precauciones para su gusto, y quiso colocar en la misma posicion á Baviera, y cedióla el Palatinado del Rhin de acuerdo con Austria. No por odio, sino por cálculo, Austria entró en estas miras, si bien á condición de no comprometerse por sí, al comprometer á

los demás con Francia, y así por ejemplo nunca prestó oídos á la propuesta de tornar á poseer la Bélgica. Aunque muy irritada Prusia contra nosotros, echó de ver el papel que se le queria hacer representar, se quejó á Inglaterra, insistió en adquirir la Sajonia en lugar de las provincias rhinianas; pero no habiendo podido obtener aquel reino, acabó por aceptar lo que le era ofrecido. Alejandro distinguió bien todos estos cálculos, se sonrió más de una vez, de buena voluntad nos alargara la mano para librarnos de ellos; más viéndonos aliados tenaces é inexplicables de Inglaterra y Austria en este instante, se apartó de nosotros, expresando su menosprecio ante la necesidad de nuestra política.

Acumulando así en torno de nosotros los intereses desconfiantes, los reinos enemigos, el congreso de Viena fué origen de aquella política de *Santa Alianza*, que ha regido á Europa durante cerca de medio siglo; política destinada en la mente de sus autores á ser eterna, pero que ha cedido, como todas las cosas, á la acción lenta y sucesiva del tiempo; así el reino de los Países Bajos, fundado sobre la union de dos pueblos incompatibles, se ha venido al suelo; Inglaterra, tenáz enemiga antes de las revoluciones, despues las ha mirado al parecer con otros ojos; la casa de Saboya, al cabo de cuarenta años de hostilidad ciega contra Francia, de pronto ha vuelto á la política de valerse de ella, y Austria, agobiada por su carga de Italia, ha soltado una parte; política debilitada de consiguiente y casi desvanecida, pero á que pueden dar nueva existencia los celos de Europa y las imprudencias de Francia, y que por ambas es de desear que desaparezca por siempre, pues para Eu-

ropa tiene el grave inconveniente de hacerla descuidar todos sus intereses por uno solo, el de contenernos, y de constituirla en cierto modo adversaria del espíritu humano, protectora de los abusos de lo pasado, á menudo patrona de malos gobiernos, y sobre todo de dar á la demagogía la formidable alianza de Francia; política no ménos funesta para la misma Francia, á la cual aísla del todo, y condena á estar en contradicción permanente con Europa, á ver rechazados sus designios más legítimos tan solo porque emanan de ella, á no tener aliados ni en la guerra ni en la paz, á hacerse triste cómplice de la demagogía, á ser el español cuando podía ser el amor del mundo; política en fin cuya vuelta sería culpable é insensato provocar alarmando á Europa, y reduciéndola á buscarla salvación en la unión de todas las naciones contra nosotros.

Por lo demás esta política era natural en la época á que se refiere nuestra historia, forzosamente resultaba de una larga y terrible lucha, y no hay que echársela en cara demasiado amargamente á los diplomáticos, que se creían en estado de legítima defensa al andamiar esa política de antagonismo contra la Francia. Tampoco se debe olvidar que los personajes que dirigían el congreso, á pesar de ser enemigos de Francia, y sobre todo de la revolución francesa, á la cual habían combatido durante veinte y cinco años, y á pesar de verse arrastrados por una reacción violenta, se esforzaron mucho por contener esta reacción dentro de ciertos límites. Acerca de varias cosas obraron como espíritus prudentes, á todas luces, porque al cabo eran los hombres más eminentes de su siglo, los

más hábiles, los más ilustrados, y aunque estaban al frente de la contrarrevolución europea, se mostraron más razonables que los contrarrevolucionarios alemanes, suizos, españoles, franceses, lo eran en sus respectivos países. Pudiendo retener á los contrarrevolucionarios suizos, lo hicieron decididamente, y reducidos á no acudir más que con consejos á los de España y Francia, se los dieron muy sanos. Finalmente aun dando oídos cada cual á la ambición de sus países en el trazado de las fronteras de los estados, todos dejaron en los tratados de esta época sobre la abolición de la esclavitud y sobre la libertad de los ríos, principios dignos de la revolución francesa, de la cual por nacimiento y por deber eran enemigos inflexibles.

Después de hablar de la Europa victoriosa y de su conducta en Viena, ahora hablemos de nosotros, hablemos de la conducta de nuestro gobierno, y puntualicemos lo más posible la manera con que debe ser juzgada.

Tres ocasiones se presentaron para arreglar la suerte de Francia, el armisticio de 23 de abril, el tratado de paz de 30 de mayo, y el congreso de Viena.

Una antigua impopularidad ha pesado y pesa aún sobre el armisticio de 23 de abril, por el cual el negociador abandonó de *un rasgo de pluma*, según se ha dicho, todas las grandes plazas de Europa con un inmenso material de guerra. Esta impopularidad, cuyo peso han llevado el conde de Artois y Mr. de Talleyrand, nos parece inmerecida del todo. Un grito unánime y violento pedía la evacuación del territorio francés; este grito, que era el del sufrimiento, se resentía de irreflexivo. De nin-

gun modo se podía lograr antes de dos meses la retirada de las tropas aliadas, y en este espacio de tiempo se podía firmar la paz, y firmóse en efecto. Así conviniera aplazar el armisticio hasta la paz misma, lo cual no ofrecía inconveniente, pues donde quiera habia cesado la efusion de sangre, y entonces se obtuviera quizá alguna compensacion por la entrega de las plazas europeas. Pero el grito que aclamaba la evacuacion de nuestro territorio era tan natural y tan pujante, que resistirlo era, digámoslo así, superior á las fuerzas humanas, y así lo de ceder fué muy excusable. Ahora bien, demandando la evacuacion de nuestro territorio, se engendraba al punto la demanda de la evacuacion de los territorios extranjerios, que ocupábamos todavía, y una de estas demandas hacia irresistible la otra. A la verdad cabe decir que abandonando á Magdeburgo, Hamburgo, el Texel, Breda, Berg-op-Zoom, se pudieran retener Amberes, Luxemburgo y Maguncia. Más, si lo intentáramos de este modo, los negociadores contrarios vieran de seguro en nuestros esfuerzos la segunda intencion de conservar la línea del Rhin, y nunca lo hubieran consentido. Así el deseo apasionado de conseguir la evacuacion del territorio francés, haria inevitable la evacuacion del territorio extranjero, y de aqui se derivaba el armisticio de 23 de abril á la fuerza. De consiguiente es injusto el grito popular que ha condenado este armisticio despues de reclamarlo imperiosamente, y hay que absolver al príncipe y al negociador que lo firmaron, si hemos de ser equitativos.

Pero, firmado el armisticio, nada obligaba á tratar de la paz de seguida, en París mismo, ni á

agregar á la precipitacion del armisticio, la precipitacion del final tratado. En París nuestros enemigos estaban unidos para despojarnos: en Viena deberian estar divididos para repartirse nuestros despojos. Así convenia esperar hasta arreglar nuestra suerte en Viena. Ni una razon de peso habia para acelerarse, pues el armisticio habia creado una situacion soportable para todo el mundo. Sangre no corria ya en parte alguna; las potencias estaban en posesion de las plazas deseadas tan ardientemente; los prusianos tenian á Magdeburgo, los ingleses á Amberes, los alemanes á Luxemburgo y á Maguncia. Nosotros estábamos en la línea de las fronteras de 1790, y de consiguiente el tiempo que transcurriera no creaba en nuestro favor ninguna preocupacion que pudiera infundir temores. Además, no queriendo las potencias decidir de su suerte por separado, mal podian adoptar un principio diferente para nosotros. Finalmente el armisticio tan atacado nos acababa de restituir trescientos mil hombres, que nos permitian tener una voluntad, y nuestra negativa á firmar fuera bastante á pararlo todo. Con evidencia patentiza nuestro aserto la circunstancia de que, ya entregadas las plazas, los negociadores de la coalicion acabaron de ser apremiantes. Apremiantes fuimoslo nosotros [desgraciadamente, ante todo por imprevision, pues en el seno del Consejo el general Dessoles, fué el único que concibió la ventaja de que llegáramos libres á Viena, y luego por impaciencia, impaciencia de firmar, de publicar y de celebrar la paz, que era el título esencial, la gloria, el beneficio magno de los Borbones.

Por estas dos causas de imprevision, y de impaciencia despues de la primera falta de precipitacion

muy excusable, la de firmar el armisticio de 23 de abril, cometimos otra sin la menor excusa, la de celebrar en París con nuestros adversarios aún unidos, la paz de 30 de mayo, que conviniera celebrar en Viena con nuestros enemigos infaliblemente desacordes.

Firmada la paz de París, ya era dificilísimo cambiar nuestra suerte en Viena. Sin embargo, no estaban perdidos todos los recursos, á condicion de no optar demasiado pronto entre los dos partidos que se iban á disputar la Europa, y de no añadir á la cadena ya bien pesada del tratado de París, la cadena más pesada todavía de resoluciones prematuras. Con efecto, nada apremiaba respecto de elegir entre las potencias, cuyas divisiones ya eran notorias. Nos hallábamos colocados entre Rusia y Prusia por una parte, codiciosas á todo trance de la Polonia y la Sajonia, y aún dispuestas á ceder de su hostilidad hácia nosotros si coadyuvábamos á sus deseos, y Austria é Inglaterra por otra, no llevadas de otro fin que el de encadenarnos y de organizar la Europa entera contra nosotros. A la simple enunciación de los hechos aparece que la eleccion no debia ser dudosa, porque si el interés que teníamos en Dresde, en Posen, era un interés europeo, el que teníamos junto al Rhin, junto al Escalda, junto á los Alpes, era un interés exclusivo de Francia. Ahora bien, la Sajonia en Leipsick y la Europa en París nos habian autorizado con su conducta á preferir los intereses franceses á los intereses de todos. Suponiendo que conviniera desconfiar igualmente de estas ambiciones contrarias, más razon habia aun para esperar y reflexionar antes de declararnos. Si al llegar Mr. de Talleyrand á Viena, mos-

trándose ménos impaciente por hacer una eleccion cuyo mérito era muy disputable y por profesar dogmáticamente el principio de la legitimidad, ménos presuroso en fin por tener una parte que no le podia faltar en los negocios, se limitara á decir con la flemma desconcertadora, cuyo secreto poseia tan á maravilla, que, Francia tratada sin contemplaciones en mayo de 1814, y hasta engañada, pues se le habia prometido un aumento de territorio y de poblacion que se le negó posteriormente, se consideraba ya libre para no atender más que á sus conveniencias, y que ya no perturbaría el mundo con su ambicion, si bien cuando fuera perturbado por la ambicion de otros, abrazaría el partido que le aconsejara su política, y luego esperara las instancias de que no podia ménos de ser objeto por parte de los intereses divididos, sin duda su papel variara muy mucho. Alejandro y Federico Guillermo, andaban tan fogosos y tan mal contenidos que lo hubiesen ofrecido todo, y como á la parte del Rhin, del Escalda y de los Alpes, no habia más que intereses ingleses ó austriacos, nada nos negaraa allí de lo que hubiéramos apetecido, y proporcionaran sus ofertas á lo que tardáramos en declararnos. Llegando el conflicto hasta la guerra, de cierto se nos restituyera una parte de la izquierda del Rhin cuando menos. Al contrario no yendo las cosas tan lejos, espantadas Inglaterra y Austria de vernos unidos á Rusia y Prusia, cediendo á las pretensiones de estas, sin guerra obtuviéramos un resultado preferible al obtenido, pues en lugar de la Prusia tuviéramos junto al Rhin á la casa de Sajonia, donde reemplazara á aquellos vecinos tan dulces, tan cómodos, tan inolvidables, á los

electores eclesiásticos de Maguncia, Tréveris y Colonia, que teníamos antes, y cuyo puesto ocupan hoy las potencias más militares de la Confederación, la Baviera y la Prusia. Así con la guerra ó con la paz resultara mejor nuestra suerte; con la guerra teníamos probabilidades de ganar una frontera más ventajosa, con la paz lográbamos la más pacífica de las vecindades. Más no fué así desgraciadamente. Sin unidad y sin prevision el gabinete de París, no ocupándose más que en lo que se le ponía directamente delante de los ojos, y el rey, agudo aunque distraído, sintiendo hacia la política exterior muy grande indiferencia, y mirando como una fatal herencia de Napoleon lo de mezclarse demasiado en los asuntos de fuera, dejaron á Mr. de Talleyrand amplia libertad para obrar como le pareciera oportuno, fiándose en su habilidad, en su experiencia, en su autoridad sobre la diplomacia europea. Este llegó á Viena con la resolución de figurar como representante de la legitimidad en Europa, hallando resueltos á los *cuatro* á hacerlo todo por sí solos; y sintióse tan irritado de resultas de esta pretension, á la par que tan lisonjeado por los obsequios de las pequeñas córtes alemanas, que no pudo contenerse, y se puso á la cabeza de estas pequeñas córtes, se hizo así el defensor obligado de la Sajonia, y desde entonces tomó partido á favor de Inglaterra y de Austria, irrevocablemente resueltas á encerrarnos en el tratado de París, y contra Prusia y Rusia, propicias á mejorar nuestra suerte, y declaró en alta voz que Francia nada quería para sí propia, nada más que el triunfo de los principios de la legitimidad.

Desde este dia ya nada habia que hacer de

provecho. Sin duda estábamos en buena compañía hallándonos con Inglaterra y Austria, bien que no fuera para desdeñada la de Rusia y Prusia. Pero toda la felicidad que nos podíamos prometer de esta alianza consistia en degollarnos de nuevo con los prusianos y los rusos, á fin de que Austria obtuviese toda la Italia; á fin de que Inglaterra posesese á Malta, Corfú, el Cabo, la isla de Francia; á fin de que los Países Bajos y el Piamonte permaneciesen como dos gruesas fortalezas construidas á nuestras puertas; á fin de que Prusia y Austria separadas por la Sajonia fuesen menos rivales; á fin de que Alemania tuviese menos cerca á Rusia, y de perseverar nosotros reducidos á los tratados de 1815, si salíamos vencedores por cuenta de nuestros soberanos. A la vista de tales resultados no valia la pena de arriesgar tan pronto los beneficios de la paz recientemente restablecida.

Mas no pára aquí todo: aún abrazando este partido, que no era el mejor de seguro, todavía se necesitaba no apresurarse tanto á ofrecer nuestros socorros y aguardar á que se nos pidiesen por lo ménos. Pero picado Mr. de Talleyrand en lo vivo, cometió la falta que ménos se debía esperar de su genio, una falta por precipitarse de sobra. Muy seguro, si hubiera sabido tener espera, de ser pronto admitido en todas partes, y contado por lo que valia Francia, se hizo pretendiente cuando sin duda podia ser pretendido, y al acudir con el socorro de ciento cincuenta mil franceses, se dió el papel de obligado en vez de darse el de obligante, y para el caso de la guerra, se avino á la incalificable condicion de permanecer bajo la ley del tratado de

París. A impulsos de su afán impaciente por ser algo á la par de las grandes potencias, olvidó estipular la caída de Murat, único asunto que Luis XVIII tomaba á pechos, y si Murat no suministrara por sí mismo la solución cuyo descubrimiento costaba tanto trabajo, se hubiera abandonado á Viena sin hallar ninguna. Negociador sin par, lleno de dignidad, de altivez, de talento de oportunidad, si habia que reprimir los arranques de vencedores insolentes, si bien político ménos previsor que negociador hábil, despues de firmar la paz de París demasiado pronto, Mr. de Talleyrand cometió el error de abrazar también demasiado de prisa su partido en Viena, y de pronunciarse al abrazar este partido por las potencias de que no teníamos que esperar nada, y en contra de las que nos podrian ofrecer alguna ventaja, y de elegir así sus aliados, sin reservarse más que el honor de servirlos de valde para el triunfo de lo que se llamaba el triunfo de la legitimidad por entonces. Sin la más remota duda, si en tiempos comunes, en un orden normal de cosas, en medio de la Europa tranquila, y hallándose cada príncipe establecido en el lugar designado por el tiempo y por los tratados, se nos hubiera venido á proponer la supresion de un reino como el de Sajonia, aun con las mayores ventajas para Francia, la justicia y la verdadera política nos debieran impulsar á la resistencia, porque todo trastorno no inevitable, toda desposesion no exigida por la equidad más evidente ó por la irresistible marcha de los tiempos, se resiente de inhumana, de imprudente y de peligrosa, y á la vez sirviera Mr. de Talleyrand á la causa del buen derecho y de la verdadera política

al defender á la Sajonia. Mas en medio del naufragio del antiguo mundo, en un momento en que no estaba hecha la suerte de ningun estado, en que habia que hacer la de todos, y en que aspiraba cada cual á hacer la suya con los despojos de Francia, en un momento en que las potencias del continente, despues de haber devorado á Polonia, no escrupulizaban devorar además á Venecia, á Génova, á las ciudades libres, á los príncipes reducidos á ménos territorio en Alemania, en que Inglaterra invadia todas las posiciones marítimas del globo, en que los pequeños estados no se mostraban ménos codiciosos que los grandes, en que por fin cada cual pensaba en sí propio, lícito era á Francia obrar de igual manera y no cifrar toda su política en la conservacion de uno de los estados alemanes, que interesaba á otros más que á ella, y que habia perdido sus títulos á nuestro afecto. Defender á Sajonia fuera en otros días, no solamente la política más generosa, sino la más prudente; más á la hora en que todos los derechos establecidos habian sucumbido con los tratados de resultas de una formidable guerra de veinte y dos años, cuando todos los derechos se debian crear nuevamente, Mr. de Talleyrand descuidó sobremanera la Francia por la Sajonia, y su conducta, incomprendible de otro modo, no se explica más que por la impaciencia de representar un papel, y de sostener un principio que las potencias no podian tomar en sério, pues las diplomacias austriaca, inglesa, francesa, que la defendian tan calorosamente respecto de Dresde, la sacrificaban respecto de Venecia, de Génova, de Malta, de Estokolmo y de cien principados de Alemania.



Así dos veces en dos años fué decidida la suerte de Francia por los más frívolos motivos. En Praga y el año 1813, pudiendo Napoleón conservar á Francia mucha más grandeza de la apetecible, no obró de este modo, ciego como estaba por una ambición insensata. Y el año de 1814 los Borbones, pudiendo recuperar algunas partículas de nuestra grandeza perdida, también desperdiciaron la coyuntura, por impaciencia de publicar la paz en que vinculaban su principal timbre, por desecido, por inexperiencia, por prurito de profesar y dejar profesar en Viena un principio que lisonjeaba el orgullo de su sangre. ¡Triste suerte la de nuestro país, entregado á todos los vientos de las revoluciones, la de haber dependido ora de la locura de un hombre, ora de la torpeza de un partido! Por fortuna la grandeza material no lo es todo, y Francia con su grandeza moral ha vuelto á hallar el papel que le hicieron perder los acontecimientos. Pero á la vista de los espectáculos aflictivos que acaba de trazar nuestra pluma, hagamos votos porque se forme en Francia una verdadera política de gobierno, que sin interés de dinastía ó de partido, sin arrebatos del momento, sin propensión dominante á la paz ó á la guerra, sin preocupacion exclusiva en suma, guiada por la sola razon de estado, rija los asuntos del país con la única mira de su seguridad y de su grandeza. ¡A Dios plegue concedernos este beneficio, y entonces tendrá Francia lo que jamás ha tenido, á lo ménos de una manera durable, una suerte proporcionada á su inteligencia, á su valor, y á la inmensa efusion de su sangre!

FIN DEL TOMO DIEZ Y OCHO.

1817

Biblioteca

## INDICE.

### LIBRO CINCUENTA Y CUATRO.

#### RESTAURACION DE LOS BORBONES.

PAGS.

Últimas operaciones de los franceses aun situados en las diferentes partes de Europa. — Campaña del general Maison en Flandes, y defensa de Amberes por el general Carnot. — Rendicion de Amberes y sus condiciones. — Se introduce la desercion entre las tropas francesas. — Vigor del general Maison ante un mal que amenaza dejar sin ejército á Francia. — Larga y memorable resistencia del mariscal Davout en Hamburgo. — Condiciones bajo las cuales se rinde tras de salvar un numeroso ejército y un rico material. — Noble conducta del príncipe Eugenio en Italia. — De